

GOTAS DE VIDA

Las nubes están gordas, preñadas de miles de gotas. Pero sus engendros se niegan a salir. No quieren, se esconden. El sol se ha retirado para dar paso al frío. Mamá nube se sienta a dialogar con las gotas. Ellas no quieren caer en la miseria, entre escombros que esperan la humedad necesaria para acabar de derrumbarse. Se niegan a no ser generadoras de brotes nuevos, ni poder llenar ríos y lagunas alimentando a miles de diminutos seres vivos, que ahora ya no quieren vivir. Las gotas suplican, casi lloran, quieren esperar a que la pesadilla de la guerra termine.

La nube les convence de que podrán ayudar a apagar los fuegos que han provocado las bombas.

Las tristes gotas, se alinean y ya redondas y gordas se entregan, casi como un suicidio, vibrando desde lo alto y gritando como guerreras en la caída libre hasta aniquilarse.

Una de ellas ha caído junto a un pájaro negro que la mira con tristeza. Por un momento creyó que iba a acabar en su estómago. Pero el ave permanece allí quieto sin querer alzar el vuelo, solo emitiendo un suave gorjeo. Entonces la gota ve la carita de un niño. Los dos lo acompañarán en sus últimos respiros. Quieren que antes de partir prematuramente recuerde algunas cosas hermosas de esta vida que ahora se ha convertido en mísera, que saboree el sabor insípido del agua, que oiga el armonioso trino del pájaro, olvidando así los ruidos que produce la masacre y la destrucción.

Adiós vida, adiós.

PACHAMAMA